

**Jornada Mundial de la Paz, 1 enero 2009**

# **Combatir la pobreza, construir la paz**

**Mensaje del Papa Benedicto XVI y Materiales para la reflexión**



**JUSTICIA Y PAZ**  
**Comisión Orihuela-Alicante**

1.ª edición: febrero, 2009.

Maquetación: Servicio de Publicaciones del Obispado.

Imprime: Gráficas Hispania. Campos Vassallo, 20. 03004 Alicante.

# Índice

<b>1. Presentación del Sr. Obispo .....</b>	<b>5</b>
<b>2. Mensaje de S. S. Benedicto XVI para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz 2009 .....</b>	<b>9</b>
<b>3. Cuestionario .....</b>	<b>21</b>
<b>4. Materiales</b>	
Pobreza y conflictos armados .....	23
Pobreza y migración .....	27
La burbuja financiera y la crisis mundial de alimentos .....	33
Pobreza y vivienda .....	37



## COMBATIR LA POBREZA, CONSTRUIR LA PAZ

Celebración de la Jornada Mundial de la Paz  
Concatedral de San Nicolás

Alicante, 1 de enero de 2009

### 1. Diversos tipos de pobreza

Como ya dijo Juan Pablo II, «muchas personas, es más, poblaciones enteras viven hoy en condiciones de extrema pobreza. La desigualdad entre ricos y pobres se ha hecho más evidente... Se trata de un problema que se plantea a la conciencia de la humanidad»<sup>1</sup>.

Pero, por otro lado, «se ha de tener una visión amplia y articulada de la pobreza. Si ésta fuese únicamente material, las ciencias sociales serían suficientes para iluminar sus principales características. Sin embargo, sabemos que hay pobrezas inmateriales... Por ejemplo, en las sociedades ricas y desarrolladas existen fenómenos de *marginación*, *pobreza relacional*, *moral* y *espiritual*: se trata de personas desorientadas interiormente, aquejadas por formas diversas de malestar a pesar de su bienestar económico. Pienso, por una parte, en el llamado *subdesarrollo moral* y, por otra, en las consecuencias negativas del *superdesarrollo*... Cuando no se considera al hombre en su vocación integral, y no se respetan las exigencias de una verdadera *ecología humana*, se desencadenan también dinámicas perversas de pobreza»<sup>2</sup>.

---

1 Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de 1993, 1.

2 BENEDICTO XVI, Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de 2009, 2.

## 2. Pobreza e implicaciones morales

«La pobreza –sigue diciendo el Papa– se pone a menudo en relación con el crecimiento demográfico. Consiguientemente, se están llevando a cabo campañas para reducir la natalidad en el ámbito internacional, incluso con métodos que no respetan la dignidad de la mujer ni el derecho de los cónyuges a elegir responsablemente el número de hijos y, lo que es más grave aún, frecuentemente ni siquiera respetan el derecho a la vida. El exterminio de millones de niños no nacidos en nombre de la lucha contra la pobreza es, en realidad, la eliminación de los seres humanos más pobres... Entre las naciones más avanzadas, las que tienen un mayor índice de natalidad disfrutan de mejor potencial para el desarrollo. En otros términos, la población se está confirmando como una riqueza y no como un factor de pobreza»<sup>3</sup>.

«Otro aspecto que preocupa son las enfermedades pandémicas... Los países aquejados de dichas pandemias, a la hora de contrarrestarlas, sufren los chantajes de quienes condicionan las ayudas económicas a la puesta en práctica de políticas contrarias a la vida. Es difícil combatir sobre todo el sida, causa dramática de pobreza, si no se afrontan los problemas morales con los que está relacionada la difusión del virus. Es preciso, ante todo, emprender campañas que eduquen especialmente a los jóvenes a una sexualidad plenamente concorde con la dignidad de la persona... Además, se requiere también que se pongan a disposición de las naciones pobres las medicinas y tratamientos necesarios»<sup>4</sup>.

## 3. La pobreza de los niños

«Cuando la pobreza afecta a una familia, los niños son las víctimas más vulnerables: casi la mitad de quienes viven en la pobreza absoluta son niños... Cuando la familia se debilita, los daños recaen inevitablemente sobre los niños. Donde no se tutela la dignidad de la mujer y de la madre, los más afectados son principalmente los hijos»<sup>5</sup>.

Relacionado con todo lo anterior, «es preocupante la magnitud

---

3 Ibid., 3.

4 Ibid., 4.

5 Ibid., 5.

global del gasto militar en la actualidad... Los ingentes recursos materiales y humanos empleados en gastos militares y en armamentos se sustraen a los proyectos de desarrollo de los pueblos, especialmente de los más pobres y necesitados de ayuda»<sup>6</sup>.

Por último, la actual crisis alimentaria «pone en peligro la satisfacción de las necesidades básicas. Esta crisis se caracteriza no tanto por la insuficiencia de alimentos, sino por las dificultades para obtenerlos y por fenómenos especulativos... Esto contribuye a ampliar la magnitud de las desigualdades... Todos los datos sobre el crecimiento de la pobreza relativa en los últimos decenios indican un aumento de la diferencia entre ricos y pobres»<sup>7</sup>.

#### 4. Conclusiones prácticas

Juan Pablo II advirtió, en la encíclica *Centessimus annus*, sobre la necesidad de «abandonar una mentalidad que considera a los pobres –personas y pueblos– como un fardo o como molestos e importunos» (28). Muy al contrario, teniendo en cuenta la actual globalización, «aparece con mayor claridad que solamente se construye la paz si se asegura la posibilidad de un crecimiento razonable. En efecto, las tergiversaciones de los sistemas injustos antes o después pasan factura a todos. Por tanto, únicamente la necesidad puede inducir a construir una casa dorada, pero rodeada del desierto o la degradación... La globalización pone de manifiesto una necesidad: la de estar orientada hacia un objetivo de profunda solidaridad, que tienda al bien de todos y cada uno»<sup>8</sup>.

«La Doctrina Social de la Iglesia –continúa el Papa en su Mensaje– se ha interesado siempre por los pobres. En tiempos de la Encíclica *Rerum novarum*, éstos eran sobre todo los obreros de la nueva sociedad industrial; en el magisterio social de Pío XI, Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II se han detectado nuevas pobreza a medida que el horizonte de la cuestión social se ampliaba, hasta adquirir dimensiones mundiales... Por eso la Iglesia señala nuevos aspectos de la cuestión social, no sólo en extensión, sino también

---

6 *Ibid.*, 6.

7 *Ibid.*, 7.

8 *Ibid.*, 14.

en profundidad, en cuanto conciernen a la identidad del hombre y su relación con Dios... Conviene recordar aquí, de modo particular, el *amor preferencial por los pobres*... en los cuales la Iglesia contempla a Cristo, sintiendo cómo resuena en su corazón el mandato del Príncipe de la paz a los Apóstoles: «*Vos date illis manducare* - dadles vosotros de comer» (Lc 9,13)... Por consiguiente, dirijo al comienzo de un año nuevo una calurosa invitación a cada discípulo de Cristo, así como a toda persona de buena voluntad, para que ensanche su corazón hacia las necesidades de los pobres, haciendo cuanto le sea concretamente posible para salir a su encuentro<sup>9</sup>.

**+ Rafael Palmero Ramos**  
**Obispo de Orihuela-Alicante**

---

<sup>9</sup> *Ibid.*, 15.



# Mensaje de S. S. Benedicto XVI para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz

1 DE ENERO DE 2009

## Combatir la pobreza en clave global, indispensable para la paz

1 También en este año nuevo que comienza, deseo hacer llegar a todos mis mejores deseos de paz, e invitar con este Mensaje a reflexionar sobre el tema: *Combatir la pobreza, construir la paz*. Mi venerado predecesor Juan Pablo II, en el Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de 1993, subrayó ya las repercusiones negativas que la situación de pobreza de poblaciones enteras acaba teniendo sobre la paz. En efecto, la pobreza se encuentra frecuentemente entre los factores que favorecen o agravan los conflictos, incluidas la contienda armadas. Estas últimas alimentan a su vez trágicas situaciones de penuria. «Se constata y se hace cada vez más grave en el mundo –escribió Juan Pablo II– otra seria amenaza para la paz: muchas personas, es más, poblaciones enteras viven hoy en condiciones de extrema pobreza. La desigualdad entre ricos y pobres se ha hecho más evidente, incluso en las naciones más desarrolladas económicamente. Se trata de un problema que se plantea a la conciencia de la humanidad, puesto que las condiciones en que se encuentra un gran número de personas son tales que ofenden su dignidad innata y

comprometen, por consiguiente, el auténtico y armónico progreso de la comunidad mundial»[1].

**2** En este cuadro, combatir la pobreza implica *considerar atentamente el fenómeno complejo de la globalización*. Esta consideración es importante ya desde el punto de vista metodológico, pues invita a tener en cuenta el fruto de las investigaciones realizadas por los economistas y sociólogos sobre tantos aspectos de la pobreza. Pero la referencia a la globalización debería abarcar también la dimensión espiritual y moral, instando a mirar a los pobres desde la perspectiva de que todos comparten un único proyecto divino, el de la vocación de construir una sola familia en la que todos –personas, pueblos y naciones– se comporten siguiendo los principios de fraternidad y responsabilidad.

En dicha perspectiva se ha de tener una visión amplia y articulada de la pobreza. Si ésta fuese únicamente material, las ciencias sociales, que nos ayudan a medir los fenómenos basándose sobre todo en datos de tipo cuantitativo, serían suficientes para iluminar sus principales características. Sin embargo, sabemos que hay pobreza inmaterial, que no son consecuencia directa y automática de carencias materiales. Por ejemplo, en las sociedades ricas y desarrolladas existen fenómenos de *marginación, pobreza relacional, moral y espiritual*: se trata de personas desorientadas interiormente, aquejadas por formas diversas de malestar a pesar de su bienestar económico. Pienso, por una parte, en el llamado «subdesarrollo moral»[2] y, por otra, en las consecuencias negativas del «superdesarrollo»[3]. Tampoco olvido que, en las sociedades definidas como «pobres», el crecimiento económico se ve frecuentemente entorpecido por *impedimentos culturales*, que no permiten utilizar adecuadamente los recursos. De todos modos, es verdad que cualquier forma de pobreza no asumida libremente tiene su raíz en la falta de respeto por la dignidad trascendente de la persona humana. Cuando no se considera al hombre en su vocación integral, y no se respetan las exigencias de una verdadera «ecología humana»[4], se desencadenan también dinámicas perversas de pobreza, como se pone claramente de manifiesto en algunos aspectos en los cuales me detendré brevemente.

## Pobreza e implicaciones morales

**3** La pobreza se pone a menudo en relación con el *crecimiento demográfico*. Consiguientemente, se están llevando a cabo campañas para reducir la natalidad en el ámbito internacional, incluso con métodos que no respetan la dignidad de la mujer ni el derecho de los cónyuges a elegir responsablemente el número de hijos [5] y, lo que es más grave aún, frecuentemente ni siquiera respetan el derecho a la vida. El exterminio de millones de niños no nacidos en nombre de la lucha contra la pobreza es, en realidad, la eliminación de los seres humanos más pobres. A esto se opone el hecho de que, en 1981, aproximadamente el 40% de la población mundial estaba por debajo del umbral de la pobreza absoluta, mientras que hoy este porcentaje se ha reducido sustancialmente a la mitad y numerosas poblaciones, caracterizadas, por lo demás, por un notable incremento demográfico, han salido de la pobreza. El dato apenas mencionado muestra claramente que habría recursos para resolver el problema de la indigencia, incluso con un crecimiento de la población. Tampoco hay que olvidar que, desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta hoy, la población de la tierra ha crecido en cuatro mil millones y, en buena parte, este fenómeno se produce en países que han aparecido recientemente en el escenario internacional como nuevas potencias económicas, y han obtenido un rápido desarrollo precisamente gracias al elevado número de sus habitantes. Además, entre las naciones más avanzadas, las que tienen un mayor índice de natalidad disfrutaban de mejor potencial para el desarrollo. En otros términos, la población se está confirmando como una riqueza y no como un factor de pobreza.

**4** Otro aspecto que preocupa son las *enfermedades pandémicas*, como por ejemplo, la malaria, la tuberculosis y el sida que, en la medida en que afectan a los sectores productivos de la población, tienen una gran influencia en el deterioro de las condiciones generales del país. Los intentos de frenar las consecuencias de estas enfermedades en la población no siempre logran resultados significativos. Además, los países aquejados de dichas pandemias, a la hora de contrarrestarlas, sufren los chantajes de quienes condicionan las ayudas económicas a la puesta en práctica de políticas contrarias a la vida. Es difícil com-

batir sobre todo el sida, causa dramática de pobreza, si no se afrontan los problemas morales con los que está relacionada la difusión del virus. Es preciso, ante todo, emprender campañas que eduquen especialmente a los jóvenes a una sexualidad plenamente concorde con la dignidad de la persona; hay iniciativas en este sentido que ya han dado resultados significativos, haciendo disminuir la propagación del virus. Además, se requiere también que se pongan a disposición de las naciones pobres las medicinas y tratamientos necesarios; esto exige fomentar decididamente la investigación médica y las innovaciones terapéuticas, y aplicar con flexibilidad, cuando sea necesario, las reglas internacionales sobre la propiedad intelectual, con el fin de garantizar a todos la necesaria atención sanitaria de base.

**5** Un tercer aspecto en que se ha de poner atención en los programas de lucha contra la pobreza, y que muestra su intrínseca dimensión moral, es la *pobreza de los niños*. Cuando la pobreza afecta a una familia, los niños son las víctimas más vulnerables: casi la mitad de quienes viven en la pobreza absoluta son niños. Considerar la pobreza poniéndose de parte de los niños impulsa a estimar como prioritarios los objetivos que los conciernen más directamente como, por ejemplo, el cuidado de las madres, la tarea educativa, el acceso a las vacunas, a las curas médicas y al agua potable, la salvaguardia del medio ambiente y, sobre todo, el compromiso en la defensa de la familia y de la estabilidad de las relaciones en su interior. Cuando la familia se debilita, los daños recaen inevitablemente sobre los niños. Donde no se tutela la dignidad de la mujer y de la madre, los más afectados son principalmente los hijos.

**6** Un cuarto aspecto que merece particular atención desde el punto de vista moral es la *relación entre el desarme y el desarrollo*. Es preocupante la magnitud global del gasto militar en la actualidad. Como ya he tenido ocasión de subrayar, «los ingentes recursos materiales y humanos empleados en gastos militares y en armamentos se sustraen a los proyectos de desarrollo de los pueblos, especialmente de los más pobres y necesitados de ayuda. Y esto va contra lo que afirma la misma *Carta de las Naciones Unidas*, que compromete a la comunidad internacional, y a los Estados en particular, a “promover el establecimiento

y el mantenimiento de la paz y de la seguridad internacional con el mínimo dispendio de los recursos humanos y económicos mundiales en armamentos” (art. 26)»[6].

Este estado de cosas, en vez de facilitar, entorpece seriamente la consecución de los grandes objetivos de desarrollo de la comunidad internacional. Además, un incremento excesivo del gasto militar corre el riesgo de acelerar la carrera de armamentos, que provoca bolsas de subdesarrollo y de desesperación, transformándose así, paradójicamente, en factor de inestabilidad, tensión y conflictos. Como afirmó sabiamente mi venerado Predecesor Pablo VI, «el desarrollo es el nuevo nombre de la paz»[7]. Por tanto, los Estados están llamados a una seria reflexión sobre los motivos más profundos de los conflictos, a menudo avivados por la injusticia, y a afrontarlos con una valiente autocrítica. Si se alcanzara una mejora de las relaciones, sería posible reducir los gastos en armamentos. Los recursos ahorrados se podrían destinar a proyectos de desarrollo de las personas y de los pueblos más pobres y necesitados: los esfuerzos prodigados en este sentido son un compromiso por la paz dentro de la familia humana.

**7** Un quinto aspecto de la lucha contra la pobreza material se refiere a la *actual crisis alimentaria*, que pone en peligro la satisfacción de las necesidades básicas. Esta crisis se caracteriza no tanto por la insuficiencia de alimentos, sino por las dificultades para obtenerlos y por fenómenos especulativos y, por tanto, por la falta de un entramado de instituciones políticas y económicas capaces de afrontar las necesidades y emergencias. La malnutrición puede provocar también graves daños psicofísicos a la población, privando a las personas de la energía necesaria para salir, sin una ayuda especial, de su estado de pobreza. Esto contribuye a ampliar la magnitud de las desigualdades, provocando reacciones que pueden llegar a ser violentas. Todos los datos sobre el crecimiento de la pobreza relativa en los últimos decenios indican un aumento de la diferencia entre ricos y pobres. Sin duda, las causas principales de este fenómeno son, por una parte, el cambio tecnológico, cuyos beneficios se concentran en el nivel más alto de la distribución de la renta y, por otra, la evolución de los precios de los productos industriales, que aumentan mucho más rápidamente que los precios de los productos agrícolas y de las materias primas

que poseen los países más pobres. Resulta así que la mayor parte de la población de los países más pobres sufre una doble marginación, beneficios más bajos y precios más altos.

## Lucha contra la pobreza y solidaridad global

8 Una de las vías maestras para construir la paz es una globalización que tienda a los intereses de la gran familia humana[8]. Sin embargo, para guiar la globalización se necesita una fuerte *solidaridad global*[9], tanto entre países ricos y países pobres, como dentro de cada país, aunque sea rico. Es preciso un «código ético común»[10], cuyas normas no sean sólo fruto de acuerdos, sino que estén arraigadas en la ley natural inscrita por el Creador en la conciencia de todo ser humano (cf. *Rm 2,14-15*). Cada uno de nosotros ¿no siente acaso en lo recóndito de su conciencia la llamada a dar su propia contribución al bien común y a la paz social? La globalización abate ciertas barreras, pero esto no significa que no se puedan construir otras nuevas; acerca los pueblos, pero la proximidad en el espacio y en el tiempo no crea de suyo las condiciones para una comunión verdadera y una auténtica paz. La marginación de los pobres del planeta sólo puede encontrar instrumentos válidos de emancipación en la globalización si todo hombre se siente personalmente herido por las injusticias que hay en el mundo y por las violaciones de los derechos humanos vinculadas a ellas. La Iglesia, que es «signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano»[11], continuará ofreciendo su aportación para que se superen las injusticias e incomprensiones, y se llegue a construir un mundo más pacífico y solidario.

9 En el campo del *comercio internacional* y de las *transacciones financieras*, se están produciendo procesos que permiten integrar positivamente las economías, contribuyendo a la mejora de las condiciones generales; pero existen también procesos en sentido opuesto, que dividen y marginan a los pueblos, creando peligrosas premisas para conflictos y guerras. En los decenios sucesivos a la Segunda Guerra Mundial, el comercio internacional de bienes y servicios ha crecido con extraordinaria rapidez, con un dinamismo sin precedentes en la historia. Gran parte del comercio mundial se ha centrado en los

países de antigua industrialización, a los que se han añadido de modo significativo muchos países emergentes, que han adquirido una cierta relevancia. Sin embargo, hay otros países de renta baja que siguen estando gravemente marginados respecto a los flujos comerciales. Su crecimiento se ha resentido por la rápida disminución de los precios de las materias primas registrada en las últimas décadas, que constituyen la casi totalidad de sus exportaciones. En estos países, la mayoría africanos, la dependencia de las exportaciones de las materias primas sigue siendo un fuerte factor de riesgo. Quisiera renovar un llamamiento para que todos los países tengan las mismas posibilidades de acceso al mercado mundial, evitando exclusiones y marginaciones.

**10** Se puede hacer una reflexión parecida sobre las finanzas, que atañe a uno de los aspectos principales del fenómeno de la globalización, gracias al desarrollo de la electrónica y a las políticas de liberalización de los flujos de dinero entre los diversos países. La función objetivamente más importante de las finanzas, el sostener a largo plazo la posibilidad de inversiones y, por tanto, el desarrollo, se manifiesta hoy muy frágil: se resiente de los efectos negativos de un sistema de intercambios financieros —en el plano nacional y global— basado en una lógica a muy corto plazo, que busca el incremento del valor de las actividades financieras y se concentra en la gestión técnica de las diversas formas de riesgo. La reciente crisis demuestra también que la actividad financiera está guiada a veces por criterios meramente autorreferenciales, sin consideración del bien común a largo plazo. La reducción de los objetivos de los operadores financieros globales a un brevísimo plazo de tiempo reduce la capacidad de las finanzas para desempeñar su función de puente entre el presente y el futuro, con vistas a sostener la creación de nuevas oportunidades de producción y de trabajo a largo plazo. Una finanza restringida al corto o cortísimo plazo llega a ser peligrosa para todos, también para quien logra beneficiarse de ella durante las fases de euforia financiera[12].

**11** De todo esto se desprende que la lucha contra la pobreza requiere una cooperación tanto en el plano económico como en el jurídico que permita a la comunidad internacional, y en particular a

los países pobres, descubrir y poner en práctica soluciones coordinadas para afrontar dichos problemas, estableciendo un marco jurídico eficaz para la economía. Exige también incentivos para crear instituciones eficientes y participativas, así como ayudas para luchar contra la criminalidad y promover una cultura de la legalidad. Por otro lado, es innegable que las políticas marcadamente asistencialistas están en el origen de muchos fracasos en la ayuda a los países pobres. Parece que, actualmente, el verdadero proyecto a medio y largo plazo sea el invertir en la formación de las personas y en desarrollar de manera integrada una cultura de la iniciativa. Si bien las actividades económicas necesitan un contexto favorable para su desarrollo, esto no significa que se deba distraer la atención de los problemas del beneficio. Aunque se haya subrayado oportunamente que el aumento de la renta *per capita* no puede ser el fin absoluto de la acción político-económica, no se ha de olvidar, sin embargo, que ésta representa un instrumento importante para alcanzar el objetivo de la lucha contra el hambre y la pobreza absoluta. Desde este punto de vista, no hay que hacerse ilusiones pensando que una política de pura redistribución de la riqueza existente resuelva el problema de manera definitiva. En efecto, el valor de la riqueza en una economía moderna depende de manera determinante de la capacidad de crear rédito presente y futuro. Por eso, la creación de valor resulta un vínculo ineludible, que se debe tener en cuenta si se quiere luchar de modo eficaz y duradero contra la pobreza material.

**12** Finalmente, situar a los pobres en el primer puesto comporta que se les dé un espacio adecuado para una *correcta lógica económica* por parte de los agentes del mercado internacional, una *correcta lógica política* por parte de los responsables institucionales y una *correcta lógica participativa* capaz de valorizar la sociedad civil local e internacional. Los organismos internacionales mismos reconocen hoy la valía y la ventaja de las iniciativas económicas de la sociedad civil o de las administraciones locales para promover la emancipación y la inclusión en la sociedad de las capas de población que a menudo se encuentran por debajo del umbral de la pobreza extrema y a las que, al mismo tiempo, difícilmente pueden llegar las ayudas oficiales. La



historia del desarrollo económico del siglo XX enseña cómo buenas políticas de desarrollo se han confiado a la responsabilidad de los hombres y a la creación de sinergias positivas entre mercados, sociedad civil y Estados. En particular, la sociedad civil asume un papel crucial en el proceso de desarrollo, ya que el desarrollo es esencialmente un fenómeno cultural y la cultura nace y se desarrolla en el ámbito de la sociedad civil[13].

**13** Como ya afirmó mi venerado Predecesor Juan Pablo II, la globalización «se presenta con una marcada nota de ambivalencia»[14] y, por tanto, ha de ser rigida con prudente sabiduría. De esta sabiduría, forma parte el tener en cuenta en primer lugar las exigencias de los pobres de la tierra, superando el escándalo de la desproporción existente entre los problemas de la pobreza y las medidas que los hombres adoptan para afrontarlos. La desproporción es de orden cultural y político, así como espiritual y moral. En efecto, se limita a menudo a las causas superficiales e instrumentales de la pobreza, sin referirse a las que están en el corazón humano, como la avaricia y la estrechez de miras. Los problemas del desarrollo, de las ayudas y de la cooperación internacional se afrontan a veces como meras cuestiones técnicas, que se agotan en establecer estructuras, poner a punto acuerdos sobre precios y cuotas, en asignar subvenciones anónimas, sin que las personas se involucren verdaderamente. En cambio, la lucha contra la pobreza necesita hombres y mujeres que vivan en profundidad la fraternidad y sean capaces de acompañar a las personas, familias y comunidades en el camino de un auténtico desarrollo humano.

## Conclusión

**14** En la Encíclica *Centesimus annus*, Juan Pablo II advirtió sobre la necesidad de «abandonar una mentalidad que considera a los pobres –personas y pueblos– como un fardo o como molestos e importunos, ávidos de consumir lo que los otros han producido». «Los pobres –escribe– exigen el derecho de participar y gozar de los bienes materiales y de hacer fructificar su capacidad de trabajo, creando así un mundo más justo y más próspero para todos»[15]. En el mundo global

actual, aparece con mayor claridad que solamente se construye la paz si se asegura la posibilidad de un crecimiento razonable. En efecto, las tergiversaciones de los sistemas injustos antes o después pasan factura a todos. Por tanto, únicamente la necesidad puede inducir a construir una casa dorada, pero rodeada del desierto o la degradación. Por sí sola, la globalización es incapaz de construir la paz, más aún, genera en muchos casos divisiones y conflictos. La globalización pone de manifiesto más bien una necesidad: la de estar orientada hacia un objetivo de profunda solidaridad, que tienda al bien de todos y cada uno. En este sentido, hay que verla como una ocasión propicia para realizar algo importante en la lucha contra la pobreza y para poner a disposición de la justicia y la paz recursos hasta ahora impensables.

**15** La Doctrina Social de la Iglesia se ha interesado siempre por los pobres. En tiempos de la Encíclica *Rerum novarum*, éstos eran sobre todo los obreros de la nueva sociedad industrial; en el magisterio social de Pío XI, Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II se han detectado nuevas pobrezas a medida que el horizonte de la cuestión social se ampliaba, hasta adquirir dimensiones mundiales[16]. Esta ampliación de la cuestión social hacia la globalidad hay que considerarla no sólo en el sentido de una extensión cuantitativa, sino también como una profundización cualitativa en el hombre y en las necesidades de la familia humana. Por eso la Iglesia, a la vez que sigue con atención los actuales fenómenos de la globalización y su incidencia en las pobrezas humanas, señala nuevos aspectos de la cuestión social, no sólo en extensión, sino también en profundidad, en cuanto conciernen a la identidad del hombre y su relación con Dios. Son principios de la doctrina social que tienden a clarificar las relaciones entre pobreza y globalización, y a orientar la acción hacia la construcción de la paz. Entre estos principios conviene recordar aquí, de modo particular, el «amor preferencial por los pobres»[17], a la luz del primado de la caridad, atestiguado por toda la tradición cristiana, comenzando por la de la Iglesia primitiva (cf. *Hch* 4,32-36; *1 Co* 16,1; *2 Co* 8-9; *Ga* 2,10).

«Que se ciña cada cual a la parte que le corresponde», escribía León XIII en 1891, añadiendo: «Por lo que respecta a la Iglesia, nunca

ni bajo ningún aspecto regateará su esfuerzo»[18]. Esta convicción acompaña también hoy el quehacer de la Iglesia para con los pobres, en los cuales contempla a Cristo[19], sintiendo cómo resuena en su corazón el mandato del Príncipe de la paz a los Apóstoles: «*Vos date illis manducare* - dadles vosotros de comer» (Lc 9,13). Así pues, fiel a esta exhortación de su Señor, la comunidad cristiana no dejará de asegurar a toda la familia humana su apoyo a las iniciativas de una solidaridad creativa, no sólo para distribuir lo superfluo, sino cambiando «sobre todo los estilos de vida, los modelos de producción y de consumo, las estructuras consolidadas de poder que rigen hoy la sociedad»[20]. Por consiguiente, dirijo al comienzo de un año nuevo una calurosa invitación a cada discípulo de Cristo, así como a toda persona de buena voluntad, para que ensanche su corazón hacia las necesidades de los pobres, haciendo cuanto le sea concretamente posible para salir a su encuentro. En efecto, sigue siendo incontestablemente verdadero el axioma según el cual «combatir la pobreza es construir la paz».

Vaticano, 8 de diciembre de 2008

## BENEDICTUS PP. XVI

### Notas

- [1] *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de 1993*, 1.
- [2] Pablo VI, Carta enc. *Populorum progressio*, 19.
- [3] Juan Pablo II, Carta enc. *Sollicitudo rei socialis*, 28.
- [4] Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 38.
- [5] Cf. Pablo VI, Carta enc. *Populorum progressio*, 37; Juan Pablo II, Carta enc. *Sollicitudo rei socialis*, 25.
- [6] *Carta al Cardenal Renato Rafael Martino con ocasión del Seminario Internacional organizado por el Consejo Pontificio para la Justicia y la Paz sobre el tema «Desarme, desarrollo y paz. Perspectivas para un desarme integral»*(10 abril 2008): *L'Osservatore Romano*, ed. en lengua española (18 abril 2008), p. 3.

- [7] Carta enc. *Populorum progressio*, 87.
- [8] Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 58.
- [9] Juan Pablo II, *Discurso a las asociaciones cristianas de trabajadores italianos* (27 abril 2002), n. 4: *L'Osservatore Romano*, ed. en lengua española (10 mayo 2002), p. 10.
- [10] Juan Pablo II, *Discurso a la Asamblea plenaria de la Academia Pontificia de Ciencias sociales* (27 abril 2001), n. 4: *L'Osservatore Romano*, ed. en lengua española (11 mayo 2001), p. 4.
- [11] Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 1.
- [12] Cf. Consejo Pontificio para la Justicia y la Paz, *Discurso a empresarios y sindicatos de trabajadores*, 368.
- [13] Cf. *Ibid.*, 356.
- [14] *Discurso a empresarios y sindicatos de trabajadores* (2 mayo 2000), n. 3: *L'Osservatore Romano*, ed. en lengua española (5 mayo 2000), p. 7.
- [15] Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 28.
- [16] Cf. Pablo VI, Carta enc. *Populorum progressio*, 3.
- [17] Juan Pablo II, Carta enc. *Sollicitudo rei socialis*, 42; Cf. Id. Carta enc. *Centesimus annus*, 57.
- [18] León XIII, Carta enc. *Rerum novarum*, 41.
- [19] Cf. Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 58.
- [20] *Ibid.*

## (para el trabajo comunitario del Mensaje)

### Interrogantes para seguir avanzando

El Papa aborda el problema de la pobreza como un problema que se plantea «a la conciencia de la humanidad, puesto que las condiciones en que se encuentra un gran número de personas son tales que ofenden su dignidad innata y comprometen, por consiguiente, el auténtico y armónico progreso de la comunidad mundial».

Parece evidente que el gran problema de la pobreza denunciado nos debe revolver necesariamente las entrañas de cara a conseguir una mayor justicia y dignidad de los seres humanos.

- ¿Estoy dispuesto a dicho combate? ¿Es posible denunciar situaciones concretas de pobreza desde el anuncio del Evangelio? ¿Estoy dispuesto a cambiar mi estilo de vida consumista e insolidario para poder influir en ese combate?

El Papa nos insta a mirar a los pobres desde la perspectiva de que todos compartamos un único proyecto divino, el de la «vocación de una sola familia en la que todos se comporten fraternal y responsablemente».

- ¿Qué implica necesariamente la asunción de la vocación de una sola familia? ¿Exige cambios radicales? ¿Puedo no hacer nada? ¿Puedo hacer más?

El Papa aborda en su mensaje algunas de las implicaciones morales de la pobreza: los interrogantes que plantea el desarrollo demográfico, el exterminio de los inocentes, las enfermedades pandémicas, la especial debilidad y vulnerabilidad de los niños, el ingente gasto militar, la crisis alimentaria...

- ¿Intento actuar en mi vida según criterios morales? ¿Qué problemas y miedos encuentro? ¿Qué avances noto? ¿Es un camino que puedo hacer solo o debo actuar más colectivamente?



## Pobreza y conflictos armados

*Pere Ortega*  
Justícia i Pau Barcelona

La pobreza es producto de la violencia estructural que se sustenta en un orden social injusto mediante una distribución desigual de la riqueza que recae en manos de unos pocos en detrimento de la mayoría de la población. Violencia estructural que se sustenta en cuestiones de casta, etnia, género o puesto dentro de la escala social. Violencia estructural en la que se entremezclan otras violencias, la cultural, patriarcal, moral, política... Entonces, podemos convenir que la pobreza genera conflictos, pero éstos no necesariamente acaban en conflicto armado. Desde luego puede ser una de las causas que, entremezcladas con otras de tipo político, económico, territorial o identitario, acaben conduciendo a un conflicto armado. Pero no existe un solo ejemplo en que la pobreza haya sido la causa principal de una guerra.

Es, entonces, una afirmación problemática pensar que hay una relación de causa/efecto entre pobreza y conflicto armado. Si se observa África, el continente más empobrecido del mundo, y de acuerdo con el informe del PNUD y su clasificación de los países con el índice de desarrollo humano más bajo, la relación entre pobreza y conflicto armado no se confirma.

Pues por un lado encontramos un buen número de países que no sufren conflicto armado algunos y, en cambio, figuran a la cola del ranking de los países empobrecidos: Níger, Mali, Burquina Faso, Zambia, Mozambique, Malawi, Benin, Tanzania, Djibuti... por citar sólo algunos. Pero también es cierto que, por otro lado, hay otro buen número con conflictos abiertos o muy recientes que también se encuentran entre países pobres, como Chad, Sudán, Sierra Leona, Guinea Bisau, República Centroafricana, Etiopía, Burundi, Costa de Marfil, Rwanda, Somalia, Congo y Guinea.

Entonces, ¿cuáles son las grandes causas de los conflictos armados? Me atrevo a resumirlas en dos. La más extendida, los *agravios* que se producen contra la población, debido a las cuestiones citadas, que se pueden concretar en luchas por acceder al poder, falta de libertades, justicia social, reparto muy desigual de la riqueza, la geopolítica, cuestiones identitarias, religiosas, territoriales, de independencia o mayor autonomía. En estos *agravios*, la cuestión política es fundamental, y es la que abraza mayor peso, girando el resto de motivaciones a su alrededor. Con lo cual, añadido, es un grave error hablar de conflictos de una sola causa, y calificarlos como étnicos, religiosos o de expansión, pues en los conflictos se entremezclan siempre diversas motivaciones. En referencia a la geopolítica, cuenta, y mucho, la geoestrategia de los estados, en la que éstos dirimen cuestiones de poder internacional e influyen de manera determinante en la explosión de muchos conflictos armados.

La otra gran cuestión es la *codicia*. Son los conflictos que surgen del deseo de apoderarse de un territorio para acceder a sus recursos, de ahí que algunos conflictos estén ligados a los diamantes, el oro, las maderas tropicales, el petróleo, la coca, el opio, o minerales como el cobre, coltán, fosfatos... Esta codicia puede ser una causa determinante, pero difícilmente será única. Y también irá acompañada de cuestiones geopolíticas. Así, los grupos implicados en el conflicto recibirán ayuda exterior de otros estados interesados en acceder a esos recursos. Y en consecuencia, tendrán condicionantes políticos, económicos y a su vez se podrán revestir, si es el caso, de cuestiones étnicas.

Una vez determinadas esas dos grandes causas, no es menos cierto que muchos de los conflictos armados actuales se dan en contextos de pobreza. En muchos casos, en países con un estado débil, sin instituciones capaces de ofrecer seguridad a sus habitantes. Estados que no han sido capaces de elaborar políticas económicas eficaces que permitan redistribuir la riqueza, los recursos o llevar a cabo programas de desarrollo que permitan a su población sobrevivir de manera digna. Pero de ello, no se debe responsabilizar sólo a los gobiernos locales. Los países ricos tienen también una buena parte de culpa. Recordemos que vivimos en un sistema global donde las economías están interconectadas. Y las decisiones de las grandes or-



ganizaciones mundiales que rigen los destinos del comercio, la política y las finanzas (BM, FMI, OMC u ONU) tienen mucha responsabilidad del trato desigual que se da a los países con estructuras políticas más débiles, pues afecta de manera negativa sus economías. En muchos casos las políticas de liberalización económica emanadas de esos organismos han conducido a que se hayan privatizado empresas y servicios públicos con saldos muy negativos para la población, que se han visto privados de servicios sociales gratuitos; han visto sus mercados inundados de productos mucho más baratos que han hundido su producción interior; o por el contrario, debido a factores especulativos externos se hayan producido subidas del precio de los cereales (arroz, maíz, trigo) o productos de alimentación básicos, que han provocado revueltas populares de protesta que se han saldado con violencia. Así ha ocurrido recientemente en México, Guatemala, Egipto, Kenia y Tailandia. Esas revueltas pueden provocar enfrentamientos y muertes. Pero no hemos visto que esas protestas en ningún caso desemboquen en conflictos armados, sino que necesitan estar entremezcladas con cuestiones de reivindicación más política.

Los conflictos armados surgen en contextos de pobreza porque las personas son mucho más vulnerables. Si escasean las tierras cultivables, si hay sequías, malas cosechas, faltan oportunidades para la población, como el acceso al trabajo o a la educación, se genera mucha frustración, especialmente entre los más jóvenes. Si la esperanza de acceder a una vida mejor se pierde, puede empujar a los jóvenes a buscar en la violencia una salida fácil que satisfaga sus necesidades de progresar socialmente. Ha sido en países con estados débiles y economías de escaso desarrollo donde han surgido grupos armados y aparecido conflictos armados. El pertenecer a un grupo armado, puede ser para un joven un cambio de estatus social para salir de la miseria, y tener mejor ropa, comida y acceder a lujos que antes ni podía soñar. No es extraño ver a jóvenes armados ataviados con prendas de vestir, relojes y gafas de marca. Pues un arma en las manos otorga poder a quien la posee y podrá ser utilizada para arrebatarse cuanto se le antoje a los demás. Los líderes de estos grupos, permiten el pillaje a sus miembros, que roban, violan y cobran por ofrecer protección. Estos grupos están liderados por personajes denominados acertadamente como *señores de la guerra*. Personajes que practican la guerra para

acceder al poder en territorios donde existen recursos muy preciados en el mercado internacional, método que les permitirá enriquecerse. Si consiguen el control de minas, bosques, cultivos de coca, opio o campos petrolíferos, las empresas transnacionales y estados estarán interesados en acceder a la explotación de esos recursos y pagarán para continuar haciendo negocios. Con lo cual, el soborno, la corrupción y la transferencia de armas se instalarán en la región.

Estos hechos no sólo son exclusivos de señores de la guerra locales, también son extensibles a los gobiernos de algunos estados. Observemos que en Afganistán, Pakistán, Colombia, Congo, Chad, Sudán, Yemen, Líbano, Malasia, Indonesia, por citar algunos, los gobiernos tienen tanta responsabilidad como los señores de la guerra locales en la corrupción y conflictos que se derivan de la explotación de la coca, opio, maderas, petróleo o minerales.

Si la pobreza no es condición *sine qua non* que conduzca al conflicto armado, después de lo expuesto, sí que podemos afirmar que la violencia estructural en sociedades con una gran desigualdad y sin justicia social puede empujar a la violencia personal.

## Cuestiones para la reflexión

El autor resume las causas de los conflictos en dos grupos: los *agravios* que se producen contra la población y *la codicia* por los recursos de un territorio.

- Desde una perspectiva personal, **¿qué actitudes podríamos cultivar para contribuir a minimizar esas causas?**
- Y desde una perspectiva social, **¿podemos influir para que los poderes políticos y económicos propicien acciones de paz?, ¿qué acciones serían las más eficaces para ello?**

El documento finaliza con la afirmación de que *la violencia estructural en sociedades con una gran desigualdad y sin justicia social puede empujar a la violencia personal.*

- **¿Somos realmente conscientes los que vivimos en el Norte rico del planeta, de nuestra responsabilidad en los conflictos armados? ¿Podríamos participar directamente en mejorar las condiciones de igualdad y justicia social de estas sociedades?**

# Pobreza y migración

**Emilio José Gómez Ciriano**  
**Universidad de Castilla-La Mancha**

Hasta aquí mismo  
llegan hermanos nuestros  
de tierras empobrecidas  
a los que tantas veces  
prometimos manos tendidas.  
Y nadie se rebela y grita.  
Y nada pasa.

FEDERICO MAYOR ZARAGOZA  
*En Pie de Paz* (2008)

## 1. Introducción

Los movimientos migratorios actuales, pero también los pretéritos, no pueden desvincularse de los contextos en que discurren. Contextos políticos, económicos, culturales, históricos que condicionan las historias de las personas que cruzan fronteras en busca de una dignidad de la que son titulares pero cuyo ejercicio se les regatea o directamente se les niega.

En toda historia de migración económica (y en esa historia debe incluirse también a los que **Jean Ziegler** denomina «refugiados del hambre») aparece un elemento común. «La pobreza». Una pobreza cuyos datos estadísticos ya no hacen inmutarse a buena parte de los ciudadanos del Primer Mundo, por mucho que figuren en informes como el de Desarrollo Humano de las Naciones Unidas o en otros documentos similares. Una pobreza que tiene varias caras y que cada vez tendrá más, dadas las dimensiones del modelo de globalización económica imperante que, a pesar de las crisis que ocasionalmente acontecen. Caras como las siguientes:

## **2. Las caras de la migración son las caras de la pobreza**

### **La cara del medio ambiente degradado en los países del «Sur»**

Degradada por la falta de regulación medioambiental o simplemente por el incumplimiento de la misma. Por la utilización de cultivos transgénicos, por las explotaciones agrícolas intensivas destinadas a la exportación que empobrecen las tierras. Por los vertidos incontrolados que contaminan ríos y mares y que convierten en baldíos espacios otrora productivos. Por las explotaciones hidroeléctricas y mineras que amenazan el hábitat de poblaciones enteras, por la privatización de los recursos hídricos que todavía se encuentran en buen estado.

Esta «cara» es un «reverso tenebroso» cuyos anversos son, por un lado, el modo de vida de buena parte de los «ciudadanos» de un «Primer Mundo» que son sistemáticamente «invitados» a consumir irresponsablemente sin preocuparse de las consecuencias de dicho consumo. De otro, el conjunto de medidas de carácter económico y político que se ponen en marcha en «el Sur» para que el «estilo de vida» consumista se perpetúe en el Norte mientras el sur paga, de rodillas, su deuda externa-eterna.

Medidas que son diseñadas y llevadas a cabo por organismos económicos y financieros, por gobiernos y por compañías transnacionales y que provocan año tras año el desplazamiento de millones de personas cuyo sino no es ya el tener que desplazarse a otro lugar para poder sobrevivir, sino que a éste se añade el no tener lugar donde regresar porque esa tierras que les vieron partir ya no existan o se hallen muy degradadas.

### **La cara de la falta de respeto a los derechos económicos, sociales y culturales**

Esta falta de respeto (que en muchos lugares no es sino una auténtica violación de los derechos económicos, sociales y culturales) va unida a la falta de acceso a recursos educativos, sanitarios, laborales o de protección social que deben ser puestos en marcha y garantizados por todos los gobiernos del Planeta, al ser su implementación efectiva y el disfrute por parte de su población un requisito esencial que garantiza la igualdad de todos los seres humanos.

Las políticas de privatización de estos recursos y servicios, unidas a la falta de inversión suficiente para garantizar el mantenimiento de una cobertura de las necesidades básicas de toda la población de los países del «Sur», la desregulación de los mercados laborales y los mecanismos de protección social como consecuencia de las políticas de ajuste del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, acaban produciendo que al habitante de los países «en desarrollo» le queden pocas opciones de acceder a estos derechos en condiciones de dignidad, si no es emigrando al «Primer Mundo». Allí, paradójicamente, se encontrará con que los «espacios de posibilidad» que se le reservan están condicionados por la misma lógica de mercado que les impulsó a salir de su país (ser «funcional» al modelo consumista de bienes y servicios). Esta realidad coloca a miles de personas en situación de vulnerabilidad en destino y les convierte en «*lumpenciudadanos*», como luego veremos.

## **La «cara» del robo de cerebros al Sur**

La búsqueda de una mayor competitividad, la persecución del máximo beneficio a toda costa no repara en costes personales. Una de sus manifestaciones más escandalosas es el reclutamiento de profesionales altamente cualificados de los países en desarrollo para cubrir la escasez de puestos de trabajo en sectores que los países del «Norte» consideran estratégicos. El modelo de tarjeta azul (Blue card) o los llamados «paquetes de movilidad» que recientemente ha aprobado la Unión Europea siguen esta filosofía.

Poco importa lo que haya costado la formación de ese profesional en el Sur, la escasez de personas formadas o lo necesaria que pueda resultar su contribución para el progreso de sus pueblos. Lo único relevante es que Europa y Estados Unidos se surtan del personal cualificado que necesitan para cumplir sus objetivos.

Para amparar este «drenaje de cerebros» (brain draining) existe todo un discurso que, con el pretexto de formar adecuadamente a estos profesionales para que luego puedan contribuir mejor al desarrollo de sus países, se lleva día tras día, mes tras mes, año tras año a miles de personas formadas que raramente regresan y que terminan de agotar una de las mejores esperanzas de futuro para el Sur. En consecuencia, una vez más, el Sur es esquilado, empobrecido.

## La cara de la «pseudociudadanía»

«Pseudocidadanía», «cuasiciudadanía» o, en palabras de *Gerardo Pisarello*, «lumpenciudadanía», pero raras veces ciudadanía. Esta es la realidad en la que millones de personas que han emigrado y sus familias se encuentran en los lugares de destino.

Esta realidad de «no ciudadanos» se presenta cotidianamente a muchos inmigrantes y «les abofetea». Por ejemplo, cuando atendiendo a su fisonomía se les pide «papeles» a tiempo y a destiempo, cuando se dificulta la reagrupación con sus familiares, cuando se diseña un cauce específico para articular su relación con las administraciones, cuando sus datos personales son más «públicos» que los del resto de los «ciudadanos», cuando su acceso al mercado de trabajo es más restringido, los trabajos que desarrollan mucho más penosos y su movilidad laboral mucho más lenta que la de los nacionales, cuando a pesar de tener reconocido el acceso a determinados derechos sociales, éstos no se hacen efectivos al existir barreras «visibles o invisibles» que lo impiden, cuando se les retiene en «CIES» o en «zonas internacionales de aeropuertos» con regímenes de vigilancia muy cuestionados y en los que la arbitrariedad campa a sus anchas.

También se presenta cuando quien ha emigrado y es residente tiene que hacer una verdadera carrera de obstáculos hasta que se le reconoce la plenitud de sus derechos económicos, políticos y sociales, cuestión que a menudo sólo se solventa accediendo a la nacionalidad del país receptor (lo que conlleva en no pocos casos renunciar a la propia nacionalidad). La identificación de ciudadanía plena con nacionalidad es, como bien afirma Javier de Lucas, una aberración que está sin embargo muy presente en las legislaciones de los países receptores de inmigrantes y que por sí misma ya resulta excluyente para los nacionales.

Este estatuto de *lumpenciudadanía* tiene sus efectos colaterales en el modo de «estar» de muchos inmigrantes en el país de destino y acentúa su situación de vulnerabilidad, sobre todo en contextos de crisis como el presente, dificultando una adecuada integración que devenga en la construcción de sociedades interculturales sanas y saneadas.

### 3. El necesario «lavado de cara»

Si, como se ha dicho, la migración económica presenta en la actualidad muchas caras, y en todas ellas se encuentra presente la pobreza como denominador común, se hace necesario un «lavado de cara» para el que hacen falta algunos ingredientes:

- **El «agua»**, que en nuestra metáfora puede ser el reconocimiento de un marco internacional de justiciabilidad para la implementación efectiva en los países empobrecidos de un marco de acceso y disfrute de los Derechos económicos, sociales y culturales que sea compatible con la dignidad humana.

Esto implica la abolición de la deuda externa por injusta, el replanteamiento del modelo de AOD hacia los países del Sur y un nuevo enfoque de la cooperación internacional. También implica el reconocimiento de facto de un mayor protagonismo al sistema de naciones Unidas y en concreto al Comité de los Derechos Económicos, Sociales y Culturales.

- **El «jabón»**, que en nuestra metáfora puede tener que ver con el modo en el que se gestionan las políticas migratorias. Es necesario otro marco no inspirado en postulados economicistas, con un enfoque de Derechos Humanos que sea transversal a todas las iniciativas y que sea respetuoso con el derecho de los países del «Sur» a contar con todos sus recursos humanos y materiales para promover su propio desarrollo.

- **«La toalla»** para enjugar lágrimas, para secar sudores, y que en nuestra metáfora tiene que ver con la promoción de auténticas políticas de integración, con la gestación de otro modelo de ciudadanía más inclusivo y menos asimilado a la nacionalidad, con la recuperación de la vida y el diálogo en la plaza como bien dice Walter.

## Cuestiones para la reflexión

Es cada vez más frecuente que nos crucemos por las calles de nuestro pueblo o ciudad con ciudadanos extranjeros. Lo notamos por su aspecto físico o por su idioma. Pero no siempre pensamos que son inmigrantes. A veces pensamos que son turistas o incluso deportistas de élite.

• **¿Qué signos físicos asocio a la inmigración? ¿Qué caras (según se describen en el artículo) les pongo yo a los emigrantes que veo? ¿Me pregunto por las razones que les han llevado a emigrar? ¿He hablado alguna vez con ellos de esto?**

El artículo nos habla de un necesario «lavado de cara» de nuestras relaciones con los países del Sur, de nuestras políticas migratorias y de integración.

• **¿Necesita también un lavado de cara nuestra actitud hacia los inmigrantes? ¿Cómo lo concretaría en gestos o acciones?**



# La burbuja financiera y la crisis mundial de alimentos

*Jaime García Neumann*  
Justicia y Paz de Valencia

La desintegración de la burbuja financiera global que comenzó en las últimas semanas y sus consecuencias por venir, tienden a agravar dramáticamente la situación de hambre en el mundo y los limitados esfuerzos que se están haciendo para revertirla. De hecho, este derrumbe comienza ya a afectar la economía real y refuerza la crisis mundial de alimentos que empezó a finales de 2007 con el aumento desmesurado de los principales productos alimenticios y ha provocado hambrunas y revueltas por hambre en más de 40 países.

El problema es trágicamente simple. El maíz, el arroz y el trigo, entre otros, que son precisamente el alimento básico diario de centenares de millones de personas en África, Asia e Iberoamérica, han duplicado sus precios en el último año, de manera que aquella franja de 1.400 millones de personas que según los organismos internacionales sobreviven hoy con menos de 1,25 dólares diarios, mucho menos pueden atender ahora sus necesidades básicas de alimento diario, con las secuelas apocalípticas de hambre, enfermedades, guerras y muerte. Y están inmediatamente amenazados más de 2.000 millones, según esos mismos organismos.

¿Sabe esto la población mundial, especialmente los grandes consumidores de los países desarrollados? ¿Lo saben sus gobiernos? ¿Lo saben los defensores de los derechos humanos y del derecho a la vida? ¿Es noticia de primera plana en los medios de comunicación?

La noticias diarias de la realidad que nos llegan, de un tiempo para acá, se refieren a los altibajos de las bolsas de valores, las megafusiones de grandes corporaciones y bancos del mundo para apalancarse y no caer, los llamados «paracaídas de oro» de los altos ejecutivos que hasta ahora dirigían el planeta y la ayuda multi-billonaria de los gobiernos y bancos centrales al sistema financiero de los principales países occidentales, incluidos los «fondos compensatorios» respon-

sables de la «ingeniería financiera de casino» mundial y su enorme burbuja de derivados.

Por supuesto que el sistema de créditos y la liquidez monetaria deben ser preservados como parte fundamental de toda economía; pero lo que está ocurriendo detrás de este propósito es otra cosa. Hay una profunda inmoralidad, injusticia e irracionalidad en la forma en que se está llevando a cabo el llamado «salvataje» financiero, sobre todo si se compara con la crisis alimentaria con la cual, además, está relacionada.

La Reunión Cumbre de Alto Nivel que organizó la Organización de Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) en junio de este año en Roma, con más de 50 jefes de Estado y de Gobierno, tuvo que ocuparse de la nueva crisis alimentaria, pero no logró otra cosa que ratificar la necesidad de cumplir los Objetivos del Milenio del año 2000: reducir a la mitad para el año 2015, la pobreza extrema que afectaba a cerca de 800 millones de personas.

Pero según el director general de la FAO, Jacques Diouf, en su mensaje del día mundial de la alimentación el pasado 16 de octubre, sólo se ha conseguido un 10% de los 22.000 millones de dólares que se requieren para establecer un programa de seguridad alimentaria en los países más pobres, no sólo para la ayuda de emergencia en casos de malnutrición grave e inanición, sino para la duplicación de la producción existente y la promoción de la agricultura familiar. Compárense estas cifras con los 700.000 millones de dólares otorgados por el gobierno estadounidense a las corporaciones financieras privadas (más de un millón de millones, si se suma lo dispuesto al comienzo de la crisis), o los aportes de los principales países europeos, cuyos gobiernos ofrecieron cifras que suman el doble de las norteamericanas, para apuntalar a los grandes bancos y corporaciones financieras privadas. Por ahora, ¡y para cumplir el compromiso de reducir el hambre en el mundo sólo se han conseguido dos mil millones!

Además, según Diouf, el número de hambrientos en el mundo ha aumentado en 75 millones en el último año y suman actualmente 923 millones de personas. Lo más grave es que la hambruna actual es perfectamente evitable. Según la FAO, el mundo tiene hoy la capacidad de producir alimentos para toda la población, pero los pobres no tienen la capacidad monetaria de acceder a los mercados globa-

lizados. Además muchos gobiernos han sido forzados por el FMI y el Banco Mundial a abandonar sus políticas de soberanía alimentaria y protección de sectores agrícolas, en aras del libre comercio global.

Por otra parte, de acuerdo al seguimiento que hace la FAO, las principales causas de la crisis alimentaria actual son la cartelización (10 grandes carteles de alimentos controlan el 80% del comercio mundial), la especulación bursátil de derivados financieros basados en los precios de ciertos alimentos y la burbuja de los biocombustibles, que han desplazado parte de la producción agrícola (sobre todo maíz, cereales, azúcar y aceite) a la industria de bioetanol y biodiésel, para lo cual se reciben además subvenciones oficiales. Según datos de la ONU, la cantidad equivalente de maíz necesaria para llenar de biocombustible el tanque de un vehículo familiar puede alimentar a una persona durante un año.

El informe final del Relator Especial de las Naciones Unidas sobre el Derecho a la Alimentación, Jean Ziegler, presentado a la Asamblea General el 22 de agosto de 2007, recomienda una serie de medidas, cuya urgencia se acentúa con la recesión que está provocando el derrumbe financiero: a) prohibición total de quemar la comida para fabricar biocombustible, o al menos, una moratoria de 5 años mientras se encuentra una alternativa que no afecte la alimentación; b) retirar de la Bolsa la fijación de los precios de los alimentos básicos, e instaurar un sistema en el que el país productor negocie directamente con el país consumidor para excluir la ganancia especulativa; c) que las instituciones internacionales concedan prioridad absoluta en los países más pobres a las inversiones en la agricultura alimentaria, familiar y de subsistencia.

Y algo más: considerar a los que huyen de las zonas de hambruna hacia los países ricos, especialmente desde el África subsahariana, no como inmigrantes ilegales sino como «refugiados del hambre», que les amenaza mortalmente a ellos y sus familias tanto o más que una persecución política.

El derecho a no tener hambre es uno de los derechos humanos reconocidos internacionalmente desde hace 60 años. Sólo una sociedad indigna de llamarse humana puede permitir que este genocidio silencioso siga ocurriendo.

## Cuestiones para la reflexión

Las noticias sobre la desintegración de la burbuja financiera y sus efectos sobre la crisis económica en los países ricos están presentes en los medios de comunicación, a diario, en los últimos meses. Sin embargo:

- **¿Qué hemos oído sobre el efecto de la crisis financiera sobre la crisis mundial de alimentos? ¿Qué sabemos sobre su interconexión?**

Seguramente nos sentimos preocupados por la crisis financiera y sus efectos en la economía española y particularmente en la de nuestro entorno cercano, pero...

- **¿nos hemos planteado quiénes serán las mayores víctimas de esta situación mundial? y ¿quiénes han sido los máximos responsables de la crisis financiera y de la crisis mundial de alimentos?**

Además de exigir a nuestros responsables políticos que tomen medidas para resolver la crisis financiera que afecta a nuestro país, **¿qué medidas personales me planteo para ayudar a la sociedad a salir de la misma? ¿Quiénes tienen que resolver la crisis financiera?** Por otro lado, **¿tengo yo, con mis hábitos de consumo, con mi modo de vida, algo que ver con la crisis mundial de alimentos?**

# Pobreza y vivienda

*Quique Landete, Concha Salinas  
y J. José Vallés*  
**Justicia y Paz de Alicante**

**P**ara tratar de dar algunas claves sobre la relación entre pobreza y vivienda vamos a reflexionar sobre la situación de cientos de millones de personas que no tienen garantizada una vivienda digna, pese a su inclusión en el artículo 25 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos: «Toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios». Desde su aprobación y proclamación por las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948 han transcurrido 60 años y abundan los indicadores de su abundante conculcación y de la escasa promoción de este derecho en los países pobres.

El disfrute y el acceso a una vivienda decente es una meta principal para conseguir un desarrollo humano sostenible porque refuerza la convivencia y mejora la relación de las personas con el entorno. La vivienda debe estar concebida para proteger a los integrantes de la familia de aquellos agentes atmosféricos que nos acompañan diariamente, y debería proveer a las personas de las condiciones más favorables para el descanso y ayudar a la restauración de las fuerzas perdidas durante la jornada de trabajo. La vivienda tiene que independizar del mundo físico exterior a sus moradores, propiciándoles un clima de intimidad, fundamental para el desarrollo de la personalidad humana, vida familiar e individual de sus integrantes, debiendo ser el hogar fuente permanente de educación y ejemplo para los niños y adultos. Se considera que el desarrollo de la vivienda refleja el progreso y el crecimiento económico, social y cultural del hombre. «Mirad la historia de la vivienda, y veréis la historia del hombre, de sus preocupaciones, de sus acciones, de su vida...».

En los últimos 100 años, la población mundial se ha duplicado, y la masificación de las periferias de muchas ciudades ha dado lugar a la

construcción de viviendas insalubres, hacinadas, sin prestaciones de agua potable y canalizaciones de saneamiento, y con altas probabilidades de contagio de enfermedades, en muchos casos mortales. La explosión demográfica que se está produciendo en los últimos años, mayoritariamente en países empobrecidos, no está siendo acompañada de los requisitos y las condiciones necesarias para la disposición de una vivienda digna. La tasa de crecimiento actual es de 2%, y de mantenerse así, se estima que la población mundial llegará a 23.000 millones en los próximos cien años. Esto implicará un crecimiento inimaginable para cientos de ciudades.

De todas formas, no es este crecimiento demográfico la única causa de falta de vivienda. Los conflictos bélicos, que conllevan a la emigración masiva de millones de personas y la destrucción de sus poblados, así como las catástrofes naturales, propiciadas en muchos casos por el cambio climático y agravadas por las pésimas condiciones en que están construidas las edificaciones, especialmente en aquellas zonas más empobrecidas, son fuente inagotable de nuevos pobladores en busca de un lugar donde poder residir. Aunque quizás una de las causas más importantes ha sido y sigue siendo el éxodo de miles de personas de población rural a las áreas urbanas, atraídas por una industrialización que les permita conseguir una mejor vida. La mecanización, tanto agropecuaria como industrial, dirigida en muchos casos por grandes multinacionales implantadas en muchas zonas rurales, así como la falta de empleo e incentivo que disponen, sobre todo para los más jóvenes, está significando un abandono de estas poblaciones a esas grandes ciudades.

Según Naciones Unidas, los países industrializados arrastran un déficit de 30 millones de viviendas, pero en los países en desarrollo, son más de 150 millones las familias a las que urge contar inmediatamente con una vivienda higiénica. Las últimas cifras mundiales, nos hablan de 1.000 millones de personas (el 15% de la población del planeta) las que viven en los suburbios de las ciudades, careciendo de una vivienda digna.

El 7.º Objetivo de Desarrollo del Milenio, «Garantizar la sostenibilidad del medio ambiente», tiene como Meta D: «Haber mejorado considerablemente, para el año 2020, la vida de por lo menos 100 millones de habitantes de tugurios». Una característica suficiente, entre otras, para

ser considerado un barrio como tugurio es el hacinamiento (3 ó más personas por habitación). La situación de los conocidos como «pisos patera» de algunas ciudades supera este indicador.

Hoy se hace imprescindible, según apunta el último informe del Fondo de Población de la Naciones Unidas, experimentar una «revolución en el pensamiento», a fin de abordar la duplicación de las poblaciones urbanas, especialmente en África, Asia y en Latinoamérica, pues si actualmente más de la mitad de la población mundial, unos 6.700 millones de personas, están residiendo en ciudades, los pronósticos hablan que para el año 2030, la población urbana habrá aumentado hasta 5.000 millones de personas, o sea, un 60% de la población mundial.

La vivienda invade de cifras y datos toda una alarmante estadística que sin duda esconde uno de los dramas humanos más humillantes para la gran cantidad de personas que habitamos este planeta. Aun así, y como dicho informe también afirma, si bien los nuevos residentes urbanos serán, en su mayoría, pobres, ellos deben ser parte de la solución. Al ayudarlos a satisfacer sus necesidades —de vivienda, servicios de salud y educación, empleo—, también podría liberarse el potencial de los residentes urbanos para impulsar un crecimiento económico. Son los responsables políticos, las autoridades municipales y los planificadores urbanos, junto con el conjunto de la ciudadanía, los primeros en deber asignar prioridad a satisfacer las necesidades de vivienda de los residentes urbanos pobres, muy especialmente a los más jóvenes, pues la mitad de la población urbana es menor de 25 años.

Estas cifras chocan sin duda ante algunos datos de la vivienda en los países occidentales, y como ejemplo cercano podemos hablar del nuestro. En España existe el mayor parque inmobiliario de la Unión Europea (con un difícil acceso, en parte porque el valor medio de la vivienda en los últimos cinco años ha subido 18 veces más que el poder adquisitivo), pues cada año se construyen 18 viviendas por cada 1.000 habitantes (INE 2007), frente a las 5 del resto de la UE. Lo más llamativo es que, hasta ahora, nos encontramos con una vivienda por cada 2 habitantes, y hay cerca de tres millones de viviendas vacías. Es, pues, importante subrayar el masivo y anárquico desarrollo urbano de los últimos años, con el consiguiente deterioro paisajístico y la insostenibilidad ambiental.

Actualmente, en nuestra sociedad occidental, la vivienda ha pasado,

en pocos años, de ser una de las principales necesidades básicas para el crecimiento y desarrollo natural de las personas, a servir de motor de enriquecimiento económico, fruto de un uso especulativo y de un valor desproporcionado, desvirtuando su finalidad, y excluyendo a una inmensa población de su disponibilidad. El pinchazo de la burbuja inmobiliaria ha conducido a la frustración: «El sueño de comprar un piso era una pesadilla» (*El País*, 22 de noviembre de 2008).

La vivienda es un problema y una necesidad imperiosa en nuestro mundo opulento, y quizás muestra la cara más cruda de la pobreza tan cercana y tan invisibilizada. Millones de personas se sienten apartados totalmente de una sociedad que los ignora, y que se deben aferrar a un pequeño trozo de tierra para poder subsistir de alguna manera, sin poder participar de la economía que míseramente los acepta, ajenos a cualquier oportunidad que ésta le pueda ofrecer, y terminar engrosando esa cifra de pobladores que denominamos, en el mejor de los casos, «cuarto mundo». Según Cáritas, el pasado año se contabilizaban unas 30.000 personas viviendo en nuestras calles y 275.000 en infraviviendas. En la Unión Europea se estima alrededor de 3 millones las personas sin techo y 18 millones en viviendas precarias.

Nuestro sentir cristiano no puede quedar al margen de esta realidad tan cercana. Somos testigos de muchas injusticias, y el derecho a residir en una vivienda digna es sinónimo de compromiso humanitario y evangélico, y también es expresión de nuestro amor preferencial por los pobres. Por ello, quisiera recordar estas palabras, pertenecientes a las conclusiones de documento «La Iglesia ante la carencia de Vivienda» de la Pontificia Comisión Justicia y Paz, siendo presidente el cardenal Roger Etchegaray, con ocasión del Año Internacional de la vivienda para las personas sin hogar:

«Cada Nación y la comunidad de Naciones están ante un reto de humanidad: diseñar una sociedad donde ninguna persona se quede sin satisfacer las necesidades esenciales para vivir con dignidad; donde nadie quede privado de una vivienda digna, como factor principal del progreso humano. Si el panorama de pobreza es desolador, grande es la responsabilidad de quienes tienen en sus manos las decisiones políticas y económicas. Los países y los grupos sociales mas



pobres esperan encontrar solución a la grave situación de los sin techo contando con la solidaridad mundial a la que tienen derecho.

»Los pobres y marginados que carecen de vivienda esperan respuestas concretas, empezando por el cambio de actitud, indiferente cuando no hostil, de algunos sectores de la sociedad. Esperan con urgencia una política social avanzada, convertida en programas concretos de vivienda a bajos costos y condiciones de pago favorables y a largo plazo, fácil acceso a los medios técnicos y legales requeridos para ello. Esperan ser integrados normalmente en la sociedad, así como ver reconocidos todos sus derechos. Esperan también un cambio económico, político y social, pues el problema de los “sin techo” y la crisis de la vivienda es sólo efecto de una causa más profunda que exige solución».

## Cuestiones para la reflexión

Es conocido por todos la inmensidad de viviendas precarias e insalubres donde sobreviven millones de personas en el mundo, así como barrios enteros en nuestras ciudades donde no se puede hablar de viviendas dignas para vivir y desarrollarse mínimamente, muchos de ellos habitados por personas en busca de un trabajo y una vida mejor, provenientes de muchos lugares lejanos...

• **¿Tenemos algún conocimiento cercano de esta situación? ¿Tenemos contacto con alguna de estas familias? ¿Qué podemos proponer o sugerir a las autoridades competentes para reducir e ir paliando esta dramática situación, tanto a nivel general como local? ¿Es el asociacionismo y la solidaridad también una posible solución para ser más efectivo?**

La Iglesia afirma que «*Los pobres y marginados que carecen de vivienda, esperan respuestas concretas empezando por un cambio de actitud, indiferente cuando no hostil, de algunos sectores de la sociedad*».

• **¿Cuál es nuestra actitud como cristianos ante esta problemática? ¿Somos conscientes de la suerte que tenemos en nuestro caso? ¿Qué sentido tiene la especulación inmobiliaria y la acumulación de patrimonio en nuestra sociedad de hoy?**

